

UN DESCENSO POR EL CONTINENTE NEGRO

Lic. Guido Andrés Zannelli

Un hombre va a tratar a una mujer casi exactamente como la forma a la que trata a su propio interior femenino. De hecho, él no tiene la capacidad de ver a una mujer, objetivamente hablando, hasta que no haya hecho algún tipo de paz con su mujer interior.

Robert Johnson¹

Los invito a hacer un viaje. Un viaje para dentro. Allá de donde venimos. Eso lo compartimos todos, ¿no? De ahí dentro venimos, allá dentro vamos. Los invito a hacer un viaje al interior del continente materno. Del que Klein nos compartió su intuición, aquel continente al que Bion hizo un esfuerzo por explorar y comprenderlo más, a ese mismo escenario al que llegó, vio y representó Meltzer con tanta creatividad teatral. Y que siempre pertenece a una mujer. ¿Eso será femenino? ¿Qué sólo le pertenezca a ella y a nadie más?

Quiero setear nuestra brújula primero, no sé si nos perderemos. Mi norte, allá donde está la meta, es el estudio del fe-

¹ (1911-1938) fue un cantante, compositor y guitarrista estadounidense y mejor conocido como el *Rey del Delta Blues*. Su fama se encendió con un mítico episodio donde se originó su talentosa, y aún así enigmática, forma de tocar la guitarra. Dicen que hizo un pacto con el diablo, donde le vendía su alma a cambio de ¿inmortalidad?

nómeno onírico (no por ello ajeno a la vigilia) conocido como: *la pesadilla*. Adonde el sueño, si es que lo era, se perturba, se corrompe su dinámica y se altera. Donde los andamios internos que sostenían esta película tan figurativa y fluida se cayeron. Y entonces... Ahí es cuando apareció *la oscuridad*, el escalofrío, ahí es cuando la sangre de las venas empezó a helarse poco a poco y ella. Sí, ella. La muerte. Y eso era lenguaje inclusivo, más bien quería marcar: *la muerta*, apareció. Mi este, ahí por donde para nosotros sale el sol, será el concepto de continente, como les adelanté al comienzo. Mi sur, tierra verde donde queda aquello que supimos sepultar tras nosotros, esa será la figura de la madre muerta. Pero con una ligera torsión de los grados, y aquí me excuso de ser explicativo, madre *pesadilla*. Como si aquello que pudiera ser un continente en el sistema inconsciente dejara de funcionar, el guardián del dormir fuera vencido, golpeado y apaleado hasta que se pasara encima de su cadáver, se atravesara la pantalla que recubre la cama y se pisara los sucintos recintos del yo, que todavía dormido, y un poco desvanecido, descansa. Hasta ahora. Y despierta súbitamente y da un respiro que creyó y sintió profundamente que no iba a volver a dar jamás. Creyó que moría, y despertó. La pesadilla terminó. O al menos quedó relegada a eso que sucede cuando uno duerme. *La oscuridad* y lo *ominoso*, como *preconcepción de la muerte*, será nuestro oeste, ya saben de qué hablo. Ahí donde se esconde el sol, y crece la penumbra.

Ahora bien, mi trabajo con diversos niños me ha enseñado algo llamativo, y esto es que la pesadilla no acaba al despertar y abandonar el dormir. Hay algo de su funcionamiento psíquico que se continúa en la vigilia, se revive en otros lugares, se lleva dentro de sí, incluso nos llega y nos aparece en la sesión.

“Si el paciente no puede transformar su experiencia emocional en elementos-alfa, no puede soñar”, resalta Bion (1962). El sueño es óptimo funcionamiento alfa. Y la pesadilla... Escenario momentáneo donde se produce el arte oscuro y terrorífico de la pantalla beta. Residuos que no se pudieron procesar. Los pensamientos oníricos son los que pueden conformar la consciencia. Y estas otras ideas, malformadas, espantosas y atemorizantes qué hacen aquí. Me pregunto si el funcionamiento de la *pesadilla*, todavía dentro del *continente* que quedó a oscuras y que de materno no es ni siquiera familiar, es una manifestación del atravesamiento del *umbral*, oscuridad-luminosidad, hacia la *posición depresiva*. Hacia atrás, *psicosis* y *autismo*. Hacia adelante *organización psíquica*.

¿Qué son las pesadillas? Sigue llamándome la atención a pesar de conocer la explicación freudiana acerca del sueño como realización de deseos y como medio de elaboración del trauma. Parece ser para mí que la pesadilla es una alarma de cómo peligran las mismas barreras que se erigen por un llamado principio de realidad. Separador de sistemas. Si esto se prolonga y se sostiene con malas experiencias, entonces la pesadilla, que fue un principio, se convierte en un presente y que también trastoca la organización psíquica de la vida diurna. Es no puede ligar más ideas para figurar pensamientos,

Una madre muerta es un símbolo y concepto que fue introducido por André Green en su famoso artículo de 1980. Gracias a él orienté mi trabajo en profundizar cada vez más la observación de la clínica y la investigación del citado complejo de la *madre muerta*.

Los estudios de Marie Bonaparte acerca de la identificación con la madre muerta también sirvieron para echar

luz sobre este asunto, y por demás, su estudio de uno de los poetas americanos más famosos del siglo pasado: Edgar Allan Poe. Con esto dicho daré inicio a nuestro descenso por el continente materno.

Benjamín, en el *umbral* de la oscuridad

“¿Qué es lo primero que se te viene a la cabeza cuando te digo *terror*?”, me pregunta Benjamín a la luz de las velas que iluminan su rostro en la oscuridad del consultorio. Las luces están apagadas y hay cinco velas encendidas sobre la mesa ratona formando una estrella de cinco puntas. Me había dicho que quería “*invocar al diablo*”. Pienso rápido. ¿Qué respondo a una pregunta tan significativa? Monstruos. Muerte. ¿Y mamá dónde está?

Benjamín había vuelto de vacaciones la sesión anterior y al entrar expresó que me había extrañado mucho. Es un paciente de nueve años que veo varias veces por semana hace dos años, y la relación conmigo es importante. Prende una vela que hay en el aparador al tiempo que dice temer a la oscuridad. Le digo que volvió a conectarse conmigo, a encontrarme y se prende una luz dentro suyo, está contento. “*Sí. Así está mi corazón cuando te vuelvo a ver. Y así está mi corazón cuando me voy*”, y de un soplado apagó la pequeña vela entre sus manos.

El miedo lo ha atravesado desde temprano y se ha manifestado de formas múltiples. Por varios medios ha intentado sobreponerse a ello. Asustando a su madre. Utilizando videojuegos de terror y suspenso. Desplegando escenas de monstruos en el consultorio. Y otros mecanismos psicóticos que buscan morigerar y organizar precariamente las oleadas de ansiedad

que lo arremeten día tras día, hora tras hora, pero por sobre todo, eso sí, por sobre todo, noche tras noche.

Durante el día es un chico sumamente inquieto y movedizo, con estallidos de furia y enojos en el ámbito escolar donde, cualquier frustración, obstáculo o doblez es intolerable para una mente que se encuentra en constante vigilancia y control ansioso de lo que hace su madre mientras él no la ve. Un objeto interno idealizado. “*Mamá es la mejor*”. Un objeto interno terrorífico e inseguro. “*¿Preferís hacerte millonaria trabajando antes que estar conmigo?*”.

Benjamín no duerme o duerme muy poco por la noche. Está en alerta. Atento a los ruidos, a los movimientos. Durante algún juego de mesa me controla por si yo “*salgo con alguna trampa de las tuyas*”. Teme una venganza de mi parte. Se desborda y desespera sintiendo que arremeteré contra él como si fuera a aplastarlo con un gran martillo luego de que hubo ganado.

Aún así, volviendo a su pregunta inicial. Su primera intención de invocar al diablo en la sesión era para “*darle una cachetada. Y además demostrar que no existe*”. Interpreto que él había resaltado el miedo que tenía a la oscuridad al comienzo (cosa que nunca había hecho antes), y ahora que estaba acompañado y seguro conmigo se sentía tan poderoso que podía cachetear al mismísimo diablo. Niega el miedo. Y eso es poco decir. Conoce el terror, lo ha experimentado de las formas más indecibles. Sin embargo, se envalentona y quiere hacerle frente a la oscuridad, al miedo, al diablo, y a la muerte.

¿Quieren saber qué pienso cuando me dicen la palabra terror? Esto es lo que yo pienso.

Una sensación extrema que desencadena el peligro del yo y genera tanta ansiedad catastrófica como persecutoria. Una fantasía innombrable de espanto y susto permanente. Un desenlace inminente que puede prolongarse una estirada eternidad por un placer diabólico que nos es ajeno. Pienso muchas cosas. Todos lo hacemos. Hablamos en nuestras mentes. Pienso, hablo, existo. Tratamos de hacer algo con esas ideas intolerables. Es un agujero negro. Es el fin, interminable. Es la noche más larga. Es dejar de existir sin saber cuándo. Es la ruptura del continente, es quedarse a oscuras, completamente a oscuras.

La pregunta de Benjamín me hizo acordar algo que venía trabajando desde el mes de Ma... de 2019. Por algún tipo de sincronicidad este artículo quedó entre varios cruces. Es algo que nace con cada uno de nosotros y se manifiesta de distintas formas pero que es parte de toda la especie humana. Una preconcepción. Una pregunta que busca realización.

La pregunta en la oscuridad: ¿Qué es la no existencia?

Edgar Allan Poe se lo pregunta desde que tiene uso de razón y recuerda los ojos, los dientes, la voz dulce y melodiosa, los rizos negros colgantes que siente que su madre tuvo; pero no sabe si es la misma que se le presenta cada vez, en cada mujer que él ama, o es ella misma que ha vuelto, que no ha muerto y que todavía lo ama.

Edgar Allan Poe sin lugar a duda fue un genio literario. Un explorador barroco de las tinieblas insondables y misteriosas de la muerte. Un niño atormentado por pérdidas tempranas, que con curiosidad afligida se internaba en las cavernas más

oscuras del infierno terrenal. Veía muerte. Conocía la locura. Perdía la cordura y la razón. No se trata de cualquier muerte la que más lo impresiona. Bien sabe que una persona muere debido a enfermedad y desaparece su espíritu, esfumándose su vida. Entiende que algo se ha ido. Pero, si antes no existíamos y ahora existimos, entonces se puede volver a existir una vez más. Poe se enrieda en esta gran incógnita que lo acompaña y lo perturba toda su vida. ¿Qué es la no existencia? Él se descompone pensando cómo se unen la vida y la muerte.

Es una muerte que no conoce final, escribe en diferentes formas. Es una muerte que se convierte en errante y maliciosa. El gran tema de toda su producción literaria, tanto en cuentos como en poemas, se funda sobre una mujer bella enferma, convalece, empeora y muere. Pero esto no significa terminación, vive, vuelve, regresa. No a la vida. Sin abandonar la condición de moribunda, retorna como una figura fantasmagórica y terrorífica, acechante y pesadillesca, que se resiste a morir, a desaparecer, a estar ausente. Ese lugar vacío se llena con ideas terribles. Las lecturas de Poe son un buen estímulo para considerar cómo la mente de una persona, en este caso de un artista único, procesa, comprende y elabora la muerte de sus seres queridos. En conjunción con lo femenino y la mujer considerada como un continente negro y misterioso, Poe me parece el guía más instruido para hacer este recorrido. Lo lamento Virgilio, ya tuviste tu oportunidad con Dante.

Berenice, *Ligeia* y *Morella* son las mujeres de tres cuentos de Poe que llevan sus nombres por títulos. Y es esta una característica destacable y curiosa del autor, cuántas obras ha titulado con nombres femeninos, cuántos poemas ha dedicado a mujeres. ¿Cuál es su obsesión? He analizado estos cuentos

con minuciosidad y detalle. He rastreado su historia personal para saber si estas ideas provienen de un interés particular o de experiencias determinantes.

Notas biográficas de la vida de Edgar Allan Poe

Poe nace en 1809, segundo hijo de una pareja de actores. Su madre Elizabeth es una reconocida actriz que ha interpretado más de doscientos papeles, entre ellos el de Ofelia (*Hamlet*) y el de Julieta (*Romeo y Julieta*). Ha representado la muerte en el escenario varias veces y es, según el testimonio de un crítico, poseedora de una belleza cautivadora. Su padre no goza de tanta fama, y abusa del alcohol como aliciente para encarar sus trabajos. Es conocido por sus malas reacciones y temperamento irascible. Abandona a la familia o muere, según diversas fuentes. Elizabeth se encarga de los tres hijos (Edgar tiene una hermana Rosalía) y es ayudada por distinguidas figuras de la sociedad. Atacada por la tuberculosis hace grandes esfuerzos por seguir trabajando. Pero la enfermedad es mortal y la medicina no puede contra ella, muriendo finalmente a los veinticuatro años, cuando Edgar tenía dos.

Luego de ser rápidamente adoptado por una familia rica, Poe recibe todo lo que no gozó en años previos, e incluso es consentido por demás. Se instruye y educa en importantes escuelas. Su fuerte temperamento, inclinación por los excesos en el juego y la bebida, le traen varios contratiempos. Sin embargo, es poseedor de una pluma que se destaca con creces del resto y sobre ello Poe descubre su vocación.

Muere su madre adoptiva, por quien Poe guardaba afecto especial que era recíproco, y el Sr. Allan se distancia de él para

siempre. Ahora Poe está sólo, sin familia y sin ocupación estable que le permita vivir seguro. Es una época adversa en los Estados Unidos para los escritores que además llevan malos hábitos. Una tía lo contacta por medios epistolares e invita a vivir con ella y su hija, de quien Poe se enamora súbitamente y embestido por esa pasión que lo caracterizará toda su vida, contrae matrimonio con ella (su prima) a los veintisiete años. Su prima, Virginia, tenía trece.

Los trabajos en revistas y editoriales son breves y pasajeros para Poe quien se encuentra siempre en búsqueda de un mayor reconocimiento y aspira a mayores ingresos. Si bien es ampliamente reconocido por la crítica, goza de una fama difícil. Es despiadado con otros autores y se gana enemigos con facilidad. Virginia su mujer contrae tuberculosis y la enfermedad la acompaña varios años durante el período más prolífico de Edgar. Muere finalmente a los veinticuatro años, misma edad que tenía Elizabeth cuando falleció.

La fijación obsesiva del autor por escribir acerca de la resurrección, la reanimación, la posesión da cuenta de un intento prolongado y sostenido por asir las vueltas de un agujero negro que nada le devuelve. Hay algo que la razón se resiste a pensar y al mismo tiempo se vuelve la causa de su locura. La muerte, bella y perfecta, ideal. Más muerta, más perfecta, alcanza una condición y un estado de inmortalidad imperdurable. Pero no es sólo un objeto ideal. Es un objeto muerto.

En *Berenice* el protagonista sufre una extraña monomanía que lo hace meditar y cavilar horas y horas sobre un solo tema, llegando a fascinarse locamente por los dientes de su amada, que casualmente es su prima. Ella muere y es enterrada. Pero él, en un ataque de locura, la desentierra para sustraerle todas

las piezas dentales que representan su belleza, y hasta las siente como “*ideas*”.

En *Ligeia* el protagonista admira la belleza e inteligencia de su esposa, siendo ésta su instructora en diversas lecturas sobrenaturales. Ella muere y él huye a otros pagos. Vuelve a contraer matrimonio con otra mujer a quien no ama. Esta muere, pero estando en el lecho mortuario se vuelve a incorporar, esta vez con las facciones y la figura de Ligeia.

En *Morella* el protagonista está embelesado con el conocimiento de su esposa, pero no la ama ni siente pasión por ella. Ella muere y en ese mismo momento nace una hija. La hija crece y se desarrolla, sin ser nombrada. Se parece en rasgos y en conocimientos a la difunta. El protagonista siente por ella lo que no por aquella. Al momento de bautizarla y darle un nombre, Morella aparece como única ocurrencia y la niña responde “*Aquí estoy*” y muere en el acto.

Las tramas sobrenaturales y terribles impactan por el dolor de una herida que no parece superarse jamás. No hay pérdida total. Siempre augura un regreso maldito. No es un duelo, ni una tristeza, sino un penar en las sombras, sin final. Esta característica de irresolución es tratada de diversas maneras a través de la creación artística. Pero ¿qué sucede cuando eso no es posible?

Valerio no puede despertar

Valerio es un niño de siete años con serias dificultades del comportamiento y problemas de aprendizaje. Sus padres separados en malos términos no comparten una comunicación clara y delante de Valerio se refieren al otro progenitor con

desprecio, atribuyéndole las causas del mal comportamiento del hijo. “*Estuvo con el padre*”, referiría ella. “*El chico es así por la madre*”, diría él.

Atiendo a Valerio bajo condiciones ambientales adversas. El niño se entusiasma conmigo y el espacio. Me cuenta que de chico tuvo un perro, pero la madre lo regaló porque creció y era muy grande. Priman juegos de descarga y las temáticas, por demás violentas, retratan a policías que son ladrones, ladrones que se traicionan entre sí y mucha, pero mucha, desconfianza y ataque permanente. Matar o morir es la única ley que él conoce. Valerio tiene algunas dificultades en su expresión oral y habla con un tono impostado. No a la manera de un niño con autismo, sino de alguien que se rehúsa a utilizar la lengua materna. De hecho se dirige a su madre por su nombre y no diciéndole mamá. Dibuja y construye con cualquier material a mano una pistola. Es parte de una obsesión que tiene. Siempre necesita tener una pistola a mano, literalmente.

El niño presenta grandes crisis en el ámbito escolar, desplegando agresiones de todo tipo. En el hogar sucede algo similar, llegando a destruir objetos y artículos de su propia habitación. Su madre le regala un perro para su cumpleaños. El perro enferma. En la sesión quiere jugar a “*Charly, Charly...*”. Me explica que se trata de invocar a un tal Charly, dibujando cuatro cuadrantes en una hoja de papel donde se escriben sí y no. Se deposita un lápiz, o cualquier objeto que haga de flecha en el medio, y se espera (o bien se hace girar) que el lápiz se mueva como respuesta ante preguntas que uno le hace. Entonces Valerio le pregunta si es responsable de que el perro esté enfermo. Y el lápiz indica que sí. Y Valerio pregunta si está en su casa. El lápiz vuelve a indicar un sí. Valerio pregunta si está aquí con nosotros. El lápiz gira lentamente, e indica... sí.

A la vez siguiente trae un celular consigo donde me muestra, entusiasmado, fotos de distintas armas. Luego me invita a jugar con él *Granny*, un juego de celular de terror que se trata de “*una vieja de mierda que te quiere matar*”. Es un juego de terror que por su edad no considero recomendable, pero su madre no ha encontrado otras formas de lidiar con él. Uno de sus grandes temores cuando estábamos en la sesión se expresaba al estar sumamente atento a escuchar la voz o los pasos de su madre afuera.

Se hace de día, Benjamín

Benjamín vuelve a su sesión luego de una excursión escolar, por la cual albergaba temores de que pasara algo terrible y no pudiera volver a verme. Un desperfecto en el vehículo que lo llevaría, un accidente. Quiere jugar a “*Charly, Charly...*”. En su confección necesita borrar algo y abre la caja en busca de la goma. Encuentra otras cosas allí dentro. Cosas que durante mucho tiempo disfrutó y compartió conmigo. Las saca. Noto en su expresión un alivio como el gesto de sosiego que un beduino debe experimentar cuando después de días bajo el sol desértico da con un oasis. Me pide que juguemos como lo hacíamos antes. Está maravillado, y al mismo tiempo, tranquilo. Se siente seguro. Se tira en el piso para jugar y tomando un muñeco que lo representaba a él, dice: “*Me encontré a mí mismo*”.

Considero que estos momentos de su tratamiento son altamente significativos, evidenciando su funcionamiento mental desde el terror a la oscuridad, las pesadillas, los monstruos hasta el reencuentro, la seguridad, la contención, la posibilidad de

poder separarse de aquellos miedos gigantes y pensar jugando dentro de un continente no tan negro.

Ascenso a casa

Se necesita, sin duda, cierto monto de *lo femenino* para alojar y ser capaz de *dar* la sensación de continente continuo en la experiencia vital a pacientes que no pueden dormir; que no pueden soñar; que lo único que tienen en el devenir de su *self* son *pesadillas*.

Estos dos extractos clínicos incompletos y la obra de Poe me han cavilar sobre la relación que estos niños tenían con sus madres. Empezando por Edgar, la relación con el objeto materno se trasluce como ideal y mortífero. Los poemas que le dedica son de una belleza inalcanzable. Siendo al mismo tiempo el vocero de los terrores más desgarradores de la noche. La relación de Benjamín con su madre es un poco similar. Idealizada y admirada, aún viva, también conserva hacia ella un extremo recelo y desconfianza sobre cómo podría abandonarlo para siempre. La relación de Valerio con su madre no es afín a estas. No comparte con ella experiencias suficientemente gratas ni seguras como para poder llamarla: *mamá*. Y quizás sí es algo femenino el *continente*.

Observo que las *pesadillas* expresan la posibilidad de que el continente que puede alojar y elaborar pensamientos, se vea suspendido momentáneamente y quede librado a la inmensidad de la oscuridad. A la multiplicidad de los monstruos que habitan la noche. Estimo que cuando la preconcepción de la muerte se adosa a una realización tal como una pérdida, surja como resultado doloroso, un concepto. Esto no siempre es

así. La pérdida es una frustración intolerable que puede ser evadida, negada o alterada. Implicando esto un predominio del funcionamiento psicótico de la mente. Pero. Si el trabajo psicoanalítico lo permite, quizás la *pesadilla* es una instancia previa, una *transición simbólica*, a la adquisición de la *posición depresiva*. Quizás alguno de estos ejemplos lo haya intentado. Por el momento, hasta el próximo viaje.

Bibliografía

- Bion, W. R. (1962): *Aprendiendo de la experiencia*. Paidós, Buenos Aires.
- (1967): *Volviendo a pensar*. Hormé, Buenos Aires.
- Bonaparte, M. (1925): Identificación de una hija con su madre muerta. En *Revista de Psicoanálisis* de APA, Vol. 4, 1946, Buenos Aires.
- Green, A. (1999): *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Poe, E. A. (2005): *Cuentos de horror y misterio*. Claridad, Buenos Aires.